

La máscara del diablo (cuarta parte)

■ ■ Hermilio Cisneros Estrada*

En cada esquina del cajón había una vela muy grande, creo que les dicen cirios, parecía que nunca se acabarían. Por cierto, no sé si se acabaron, no sé cuál fue el destino final de esas grandes velas.

Debajo de la mesa, en el suelo, había una cruz pintada con cal y, al centro de ella, alguien puso un vaso de vidrio lleno agua. Algunas mujeres llevaron flores de las que tenían en los jardines y que, claro, sólo se dan en invierno. Había rosas, muchas rosas de varios colores y tamaños, creo que las rosas fueron de las que más se vieron en el velorio. Las gentes entraban y salían del cuartito; unas entraban, otras salían, la mayoría permanecían sentadas en sillas de madera con tule que algunas vecinas habían prestado para la ocasión. Los niños que llegaron acompañando a sus madres o abuelas, jugaban despreocupadamente a las canicas, mientras que otros, lo hacían a escondidas, ocultándose entre los nopales y los órganos que estaban atrás la casa.

– Ay, compadre que buena memoria tiene, pos ¡¿Cuántos años tenía cuando pasó eso? –preguntó Lupita, pidiendo que continuara, que la historia le era muy interesante.

–Yo tenía poco más de cinco años. Pero bueno, después vino la caminata al camposanto; allí vi por última vez el rostro sereno de mi padre. La sensación que sentí cuando iban bajando el cajón, fue de mucha tristeza y un gran vacío en todo mi ser. ¡Creo que lloré! En eso, mi madre nos abrazó con fuerza, con una ternura infinita lloraba mientras nos decía: ¿Y ora que vamos a hacer? ¿Y ora que vamos a hacer?

–¿Y luego, qué pasó compadre? Ya nos tiene rete entretenidos con su historia, siga comentando- dijo Valentín.

–Bueno pos, pasó un tiempo y la tristeza no se quitaba del rostro de mi madre, y para mantenernos, les ayudaba a hacer el quihacer de la casa a las vecinas.

Una noche, estaba ella junto a la luz de la vela, leía y volvía a leer una carta. Al término de la lectura, con sus manos hizo bola el papel que había leído, luego se quedó en un sumido silencio con la carta hecha una bola entre sus puños. Entonces, dio un golpe sobre la mesa mientras con gran decisión exclamó: ¡No hay de otra, mañana mismo nos vamos! Aquí ya se nos acabó la vida. ¡Ya se nos acabó la vida!

Rufino guardó silencio por un momento, luego de dar un trago a su café, prosiguió:

–Yo no comprendía nada, con mis ojos clavados en su rostro, hacía esfuerzos pa' comprender o saber de qué hablaba. Por fin le pregunté: ¿Qué pasa mamá? Ella comenzó a desenvolver nuevamente la carta mientras me decía: –Mira mijo, esta carta me la mandó doña Teresa, y me dice que nos vayamos al Valle del Carrizal, allá está ella y vive muy bien. Dice que en ese lugar hay trabajo pa' mí y hasta una escuela en la que ustedes puedan estudiar, y como aquí no hay mucho, o nada que hacer, yo creo que lo mejor es irnos de aquí.

Entonces le pregunté que ¿quién era doña Teresa? –Doña Teresa es una antigua conocida de tu papá, eran vecinos cuando chicos. Ella y su esposo se fueron al Valle hace algunos años. Allí el gobierno pasado, el del general Cárdenas les dio tierra para sembrar, y dicen que les está yendo muy bien. Ella supo que murió tu papá porque Mariquita, la del difunto Matías quien también murió en la mina, se fue a vivir allá, y le platicó lo de los muertos del derrumbe, y pos le dijo lo de nosotros, de cómo estamos viviendo. Luego de darse cuenta, esa buena mujer me pide que me vaya y me los lleve pa' allá.

*Licenciado en Historia por la FFyL de la UANL y en Educación Media Superior por la ENSE. Maestro jubilado de la Preparatoria No. 3. Gran promotor cultural y primer editor responsable de la revista Reforma Siglo XXI. Cultiva además la pintura, la poesía y la composición de letras para canciones vernáculas.

—¿Y por qué les dio tierras el gobierno? — pregunté.

—Aaah bueno, mira. Es que hace muchos años hubo una revolución aquí en México, y mucha gente murió en ese movimiento y, por cierto, la gran mayoría de las personas que murieron eran pobres, muy pobres que vivían y trabajaban en el campo. Pero, eran pobres porque la tierra que trabajaban no era de ellos. Los dueños eran personas muy ricas y no le pagaban nada bien a los campesinos que día a día, desde antes de que el sol saliera, trabajaban casi a cambio de nada; había mucha pobreza, bueno, casi como hay pobreza en muchos lugares todavía, como aquí con nosotros, que no tenemos nada, pero ya en algunas partes, de seguro que esa revolución ya está ayudando a los pobres.

Mira mijo, no sé si esto lo entiendas, pero todo esto nos lo platicó el profesor que estuvo en la escuela de aquí, de este rancho, creo que él sabía mucho de esto, pero bueno, algún día a la mejor lo podemos entender. Se dice que los hacendados o dueños de esas tierras, muchas de las veces vivían en las ciudades, allá, onde están todos los ricos, y sólo se encargaban de recoger las ganancias que el trabajo de los campesinos les dejaban. Aparte, los pobres siempre estaban endeudados con el patrón, porque había una tienda de Raya en cada hacienda, y allí les fiaban a los campesinos lo que necesitaran para comer, siempre con precios más caros de lo que realmente costaban las cosas. Por eso, se hizo la revolución, y cuando se acabó, pos, el gobierno comenzó a quitarle algunas tierras a los hacendados y se las ha estado repartiendo a los que anduvieron en la bola. Mira mijo, todo esto lo sé porque aparte de lo que nos dijo el profesor, mi papá Marcelino, tu abuelo, vivió todo eso y él me platicaba siempre lo difícil que era la vida del campo en ese tiempo.

—Má ¿Cuál bola? — pregunté. —Es que a la revolución también le llamaban Bola, pero no sé por qué—. Dijo mi madre.

—Pos si má, pero en estos tiempos todavía hay gente como nosotros, con pobreza y que no siempre tenemos que comer—. Comenté.

Rufino se quedó callado, aunque a su mente seguían llegando los recuerdos. Sin embargo, dijo: —Esta es una parte de mi vida, de la vida de mi padre y de mi familia. Y ahora estoy aquí con ustedes, haciendo aunque no quiera, otra historia.

—Bueno, compadre, ya que escuchamos esta historia tan interesante que nos ha contado. La comadre y yo vamos a preparar la cena, no nos tardaremos porque ya hay algunas cosas casi listas—. Dijo Lupita.

Mientras ellas se dispusieron a preparar la cena, Valentín salió a ponerse de acuerdo con los muchachos que ayudarían a Rufino a matar las reses. Rufino permaneció en su silla sirviéndose más café. Al poco rato, regresó Valentín quien con una amplia sonrisa le dijo: —Todo listo compadre, mañana cuando los vaya a dejar, me llevo a Margarito y a otro de los muchachos pa' que le ayuden a sacar los cueros y las correas—. En eso estaban cuando Marianita, llevando unas cazuelas hacia la mesa, dijo: —Ya está la cena y hay viene ya Lupita con las tortillas, hay que cenar bien, porque mañana según veo, van a tener mucho trabajo.

Cenaron y después de platicar por un rato más, se retiraron a sus recámaras correspondientes. Amelia se dirigió a donde dormía el niño y ya junto a él, le tocó su frente y le dio un beso.

—¿Cómo está? —. Preguntó Rufino con la mirada fija en el rostro de su esposa. —¿No le ha dado más calentura?

—No, no tiene calentura, pero lo voy a despertar pa darle la cucharada y a ver cómo amanece. Ojalá y ya se alivie.

Se acostaron y Amelia pronto se durmió, no así Rufino, porque los pensamientos y recuerdos de la historia que contó sobre su padre le retiraban el sueño; pensaba también en cómo iba a deshacerse de las vacas, pero luego se hacía a la idea de que con la venta de los cueros y las correas podría comprarse cinco, tal vez hasta seis reses. Y quizás hasta más gordas, y que dieran más leche que las que ahora tenía. Y si cada semana fuera a vender cueros y correas, el dinero podría ir en aumento. Sí, por qué no comprar cuatro vacas por semana para estar permanentemente en el jugoso negocio; eso había que hacer. Finalmente, el sueño lo venció y se despertó cuando su mujer le habló para que se levantara, porque ya se escuchaban voces afuera de la casa.

Salió y aunque todavía era muy temprano, la actividad ya estaba en acción. Los trabajadores iban

y venían, unos con botes de leche, otros alimentando el ganado y Valentín haciendo quién sabe qué cosa en el motor de la camioneta.

Poco más tarde, después de haber almorzado y ya para salir hacia la casa de Rufino, Valentín le comenta al compadre que podría ser conveniente que la carne se la llevaran al Chueco Lalo desde ahora mismo, porque, pa' qué la iba a tener en su casa toda la semana, aunque tal vez no se echara a perder con tanto frío que hacía y pudiera ser que no llegara el calor de aquí al sábado. Pero como quiera, a lo mejor se podría echar a perder. —Si está de acuerdo, usté' y yo llevamos la carne a San Lorenzo, mientras los muchachos se quedan preparando los cueros y sacando las correas—. Dijo Valentín.

—Me parece bien; se imagina tener la canal de tres reses en la casa, porque tendría que dejarlas afuera porque pos, la cocina es muy chica y al no guardarla, los coyotes pueden llegar y, no, ni pensarlo, capaz y se la tragan toda. Mejor se la llevamos al Chueco Lalo de una buena vez.

—¡Totalmente de acuerdo en que se la llevemos hoy mismo a Lalo!— dijo Rufino plenamente convencido y hasta con cierta emoción.

Las visitas se despidieron de Lupita y de la tía, prometiendo que pronto volverían por esta casa y, dando mil gracias por las atenciones que les brindaron, se acomodaron en la camioneta. Atrás, en la caja, subieron Fidel y Margarito, llevando las herramientas necesarias para el trabajo que les esperaba. En la cabina, se acomodaron los mismos pasajeros del domingo cuando fueron al doctor.

En este nuevo día, el sol ya estaba dando señas de que estaría presente. Aunque no era garantía de que el frío no continuara, pero por lo menos, la lluvia no estaría presente como el día anterior.

—A diferencia de ayer, se ve que hoy tendremos un bonito día. Porque pos según se ve, hay viene ya el rey sol. ¿No cree compadre? — dijo Valentín.

—Sí, de veras que no se compara con el día de ayer que, por cierto, como a estas horas caminaba yo por aquí, ¡el frío me partía el alma compadre! Y en cambio, hoy ya tenemos sol y con eso podremos trabajar a gusto— decía Rufino, pensando en el negocio del próximo sábado.

No tardaron mucho en llegar y de inmediato iniciaron los preparativos para el sacrificio de las reses.

—¿Con cuál empezamos Rufino? — Preguntó Margarito sosteniendo un gran cuchillo entre sus manos y parado frente a la puerta del corral, donde estaban los animales que serán sacrificados.

—Pos con la que sea, con la que crean que tiene la mejor carne pa' que de una buena vez, tan luego cuando salgan los primeros pedazos, Amelia nos prepare un buen caldo pa' comer, porque ya pronto nos va allear el hambre—. Contestó Rufino.

—Creo que primero le damos chicharrón a la que se echó en la esquina del corral, sirve que ya de allí no se levante nunca más— dijo Margarito a Rufino.

—¡No, pero, no la mates ahí, entre el estiércol y junto de las otras, mejor sácala del corral y hagan el trabajo al otro lado de la casa! Y nomás la matan, y luego luego la otra, y después la otra también. No pierdan tiempo en destazar primero a una y después matar las otras. Ya estando las tres muertas, entonces les quitan el cuero y preparan las canales pa' llevárselas al Chueco Lalo.

Los tablajeros realizaron su trabajo, Amelia preparó la comida con la carne de la primera res sacrificada. Cortaron unos pedazos para que llevaran a sus casas tanto Valentín como sus trabajadores, pero Valentín, dijo que su parte mejor se la repartieran entre los dos matanceros, porque él todavía tenía carne de las vacas que había matado el fin de semana, porque antes de llevarlas a la carnicería, dejó una buena ración en su casa.

Para la casa de Rufino sí dejaron varios cortes que Amelia previamente había indicado. El resto, casi toda, la subieron a la camioneta y los compadres se dirigieron a San Lorenzo a llevar la carga a la carnicería de Lalo.

—Ora como que vamos más tranquilos que ayer, ¿no cree compadre? — dijo Valentín mostrando satisfacción, que no se sabía si era porque el compadre le hizo caso de sacrificar sus reses para el negocio o porque Tomasito ya estaba mejor de salud.

Poco hablaron más. Otra vez a la entrada del pueblo y las desviaciones de tránsito igual o peor que

el día anterior. Los negocios ya estaban cerrando y el movimiento en las calles no era tanto. Sin embargo, el ir y venir de los trabajadores de la construcción del puente era muy superior al del domingo, cuando andaban en la consulta para Tomasito.

Llegaron a la carnicería a ofrecer la carne, Lalo los recibió dentro del local y salió a ver la carga que había en la caja de la camioneta, luego, rascándose la cabeza dijo a Valentín: –¡Oye gordito! Apenas el sábado te compré mucha carne y pos' todavía tengo suficiente, además, tuve que pagar unas deudas pendientes y me quedé sin dinero, pero si te parece bien, déjame la carne y ya veremos de aquí al fin de semana cuanto puedo juntar. Valentín volteó a ver a Rufino y le preguntó sobre la propuesta que hacía Lalo.

–Usted' sabe compadre, a la mejor pal' sábado ya le tiene los centavos y con lo de la venta que haga de los cueros y las correas, pos' ya se regresa con sus buen dinero a su casa– dijo Valentín.

–Ta' bien, le dejamos la carne y ya veremos después cómo nos va, quien quita y hasta me pague todo de aquí al sábado– indicó Rufino.

Luego de hacer el trato, bajaron la carne entre los tres hombres y se regresaron sin más contratiempo a la casa de Rufino. El sol estaba por ocultarse, tal vez le quedaba una, y aunque el día estuvo soleado, el frío como quiera se dejó sentir en todo el momento, y a esta hora ya empezaba a calar más fuerte. Al llegar, sonó el claxon frente a la casa; Tomasito salió corriendo a encontrar a su papá y a saludar al padrino.

–¿Cómo ve a su ahijao' compadre? ¡No cree que ya está diatiro' bien!? –¡Si, este muchachote es muy aguantador y muy valiente, se alivia de lo que sea, por eso soy su padrino!

Amelia, quien había salido en seguida del niño, preguntó inquieta sobre la venta de la carne:

–¿Y cómo les fue en San Lorenzo, vendieron la carne?

Le explicaron como estuvo el trato y le dijeron que lo más probable es que el fin de semana recibiría el pago y que, además, con eso y lo que Rufino vendiera, quizás pudieran comprar cinco o hasta seis vacas. Amelia no pudo ocultar el temor por la

incertidumbre del negocio que estaba entusiasmando tanto a su esposo.

–¡Ánimo mujer! Ya verás cómo nos va a ir muy bien– dijo Rufino, mientras tomaba a su mujer de los hombros. –Ya verás que ese temor que tienes se va a ver premiado en unos cuantos días. Estate tranquila, todo saldrá bien.

–Bueno, eso espero, por lo pronto, pásenle a cenar porque ya está la cena, y pa' que no se les haga tarde al compadre y a los muchachos, que han estado trabajando todo el día con sus chuchillos matando las vacas, sacando y preparando los cueros y las correas para tener todo listo pa' la venta del sábado.

–Pos' antes déjeme ver cómo van con su trabajo, no me dilato, nomás los veo y vengo pa' cenar; mientras vayan acomodándose ustedes, vengo bien pronto–. Fue Valentín a ver el trabajo de los muchachos y los encontró como había dicho Amelia, muy concentrados en el corte de cueros y correas.

–¿Cómo van con su quihacer, ya mero acaban? – preguntó.

–Pos todavía nos falta como una hora, creo que vamos a terminar con la luz de una lámpara, porque el sol ya se está escondiendo allá en la cresta del Cerro del Coyote, pero ya nos falta poco–. Dijo Margarito mientras daba filo en una piedra al cuchillo que traía en sus manos.

–Bueno, voy a echarme un taco, ¿ustedes ya cenaron? – Preguntó Valentín.

–Nos dijo Amelia que si queríamos cenar, pero pos' se nos hizo que todavía era temprano y también acordamos esperar a que ustedes llegaran– dijo Fidel mientras colgaba un pedazo de cuero en una viga que sobresalía de la pared de la casa.

–Bueno, yo me adelanto y luego pasan ustedes, pa' caber en la mesa, que ya ustedes vieron, no es muy grande.

Valentín regresó a la cocina donde ya lo esperaban para empezar a servir. En torno a la mesa, estaba ya toda la familia, incluyendo a Tomasito, a quien ya se le veía con un buen ánimo,

y el semblante de alguien que pareciera no había estado tan enfermo apenas un día antes.

—¿Cómo van las cosas ahí afuera compadre? ¿No les dijo a los muchachos que se vengan a echar un taco? Porque ya han de tener el estómago vacío, dice Amelia que han trabajado sin parar. De seguro que ya están con hambre y bien cansaos— dijo Rufino.

—Todo va bien, ya están acabando, dicen que pa' terminar a lo mejor van a necesitar la luz de una lámpara, pero ya les falta poco. En cuanto a cenar, prefieren venir ya que terminen, porque dicen que si suspenden el trabajo, se les va la inspiración y luego ya no van a poder terminar— comentó Valentín.

—Entonces cenen ustedes de una vez, porque si no, se enfría la cena, ya que vengan los muchachos, la vuelvo a calentar— dijo Amelia mientras servía los platos y calentaba las tortillas en el comal de barro que estaba en la chimenea alimentada con leña.

La cena transcurrió con pláticas de aliento de Valentín hacia los compadres respecto a lo que él decía: iba a resultar un gran negocio.

—¡Mire compadre, usted' puede estar seguro de que por lo menos, va a doblar lo que está jugando, es decir, si mató tres animales, yo le digo y le prometo que pal' domingo, por lo menos se va a hacer de dinero pa' comprar seis buenas reses.

Valentín y sus compadres terminaron la cena, y luego de platicar un rato le hablaron a los trabajadores quienes ya habían terminado su trabajo. Agotados y con diversas manchas de sangre en sus ropas se presentaron para dar buena cuenta de lo que les pusieran en la mesa.

—¡Todo listo, ya está todo preparado' pal' sábado. De aquí a ese día, ya van a estar bien curtidos los cueros y las correas, listos pa' la venta—. Comentó Felipe mientras colocaba su sombrero sobre una silla que ya estaba desocupada, porque Rufino y Valentín ya se habían levantado para dejarles el espacio.

—Bueno, pos' ya siéntense pa' que cenen y puedan descansar, después de tanto trabajo que han tenido todo el santo día, ya es bien justo— decía Amelia mientras les ponía los platos sobre la mesa.

—Aunque la tarde, ya casi noche, estaba enfriando más, los compadres salieron al patio y caminaron hacia la camioneta; allí hablaron de los proyectos de Rufino respecto al comercio, y dijo que, ya estaba hasta pensando en poder comprar unas tierras que le había ofrecido uno de los vecinos de lugar, la idea le gustaba, pero de momento no había pensado en adquirirlas porque no contaba con los tres mil quinientos pesos que le pedían por ellas. Esa tierra es buena, y se la venden porque el dueño ya está algo grande y no quiere andar batallando con las mulas mientras anda sembrando. Además de que sus dos hijos están en Estados Unidos, y de allá le mandan algo de dinero para que se mantenga sin tener que seguir trabajando la labor.

Valentín dijo al compadre: —Lo que se le ofrezca compadre, ya sabe que estamos pa' jalar parejos, y voy a estar al pendiente de cómo van a ir las cosas del negocio que empezará y terminará el sábado, y si llega a decidirse por comprar esa tierra y le falta algo de dinero, yo le presto. Uste' nomás me dice.

En eso estaban cuando salieron los muchachos ya listos para iniciar el regreso a sus casas, esperando sólo que el patrón diera la orden de partir. —¡Cuando usted' diga!, nosotros ya estamos listos, bien cenados y hasta descansamos un poquito mientras cenábamos— comentó Margarito.

—Bueno, pos', ya nos vamos compadre, creo que este día ha sido muy bueno, espero que usted' y la comadre, igual que los niños la pasen muy bien.

—¡Amelia...! ¡Ya se van el compadre y los muchachos! — Gritó Rufino dirigiéndose hacia la puerta de la cocina donde se encontraba su mujer, ella salió a despedir y agradecer a los visitantes por el trabajo de ese día. Ellos se despidieron y con claras muestras de cansancio abordaron el vehículo. El sol ya se había ocultado hacía un buen rato cuando los hombres desde adentro del vehículo levantaron la mano diciendo adiós, perdiéndose al poco tiempo en la distancia y la oscuridad.

—¡A qué día éste!, ¡ya veremos cómo le va al compadre con su negocio! Sea como sea, él no va a perder nada. ¡No va a perder nada!, que pa' eso soy su compadre, y yo estoy pa' ayudarlo en todo lo que necesite—. Decía esto mientras sumía el pie en el acelerador.

Dentro de la casa, Amelia un poco preocupada preguntó a su esposo de cómo veía él la posible venta de la mercancía que los visitantes habían preparado para que la llevara al mercado el fin de semana. Ante la pregunta de su mujer, él se quedó pensando por un momento, pero con un profundo suspiro contestó: –Mira, Amelia, hay que tener fe, Dios es más grande de lo que podemos imaginar, ya verás como no va a permitir que se pierda nuestro esfuerzo y trabajo. Por ahora, sólo hay que esperar. ¡Hay que esperar!

La noche había llegado cobijando la lejana serranía con su oscuridad. El sol hacía mucho que se había ocultado no sin antes mostrar las oscuras nubes que ya presagiaban de nuevo, más días húmedos y fríos.

Mientras que adentro de la casa, Rufino preguntó a su mujer: –¿Y cómo siguió el niño? ¿Crees que ya está diatiro' bien?, ¿le has dado las cucharadas cada seis horas como dijo el doctor?

–Él ha estado muy bien, si hubieras visto todo lo que comió en la tarde cuando ustedes se fueron, ya está bien, pero como quiera, le voy a seguir dando la medicina hasta que se acabe, como dijo el doctor–. Decía Amelia mientras recogía la mesa de la cocina.

Los días de la semana transcurrieron sin novedad, y el sábado por la mañana, Valentín desde muy temprano andaba muy activo, no había salido aún el sol cuando ya estaba apurando los trabajos del rancho, y al mismo tiempo, hacía quién sabe qué al motor de la camioneta.

Dentro de la casa, Marianita y Lupita preparaban el almuerzo mientras platicaban sobre el negocio de Rufino, lo bueno que son como esposos y como padres; asegurando y deseando que les fuera bien, así como alabando la nobleza de Valentín por haberle sugerido a Rufino que emprendiera

el negocio y, además, que él mismo le ayudara a sacarlo adelante. Estaban muy entretenidas en la plática cuando entró Valentín:

–¿Qué pasó? ¿Cómo va el almuerzo? ¿Ya está de perdido el café?, porque ya es hora de que me vaya con el compadre, ya quiero verlo contando el dinerito que gane con la venta de sus cueros y correas.

Almorzó y salió despidiéndose de su familia, les dijo que pronto regresaría. El día estaba medio nublado y frío, no había señas de lluvia y hasta podría salir el sol un poco más tarde. El traslado a la casa de los compadres fue sin contratiempo. Cuando llegó, ya los compadres lo esperaban algo inquietos.

–¿Qué pasó? ¿Ya estamos listos? –. Preguntó Valentín mientras bajaba de la camioneta para saludar a los miembros de la familia; porque allí estaban de pie, juntos los niños y los padres al lado de la puerta de la cocina.

–¡Ya estamos listos!, nomás que usted' diga, y si quiere almorzamos o nos echamos por lo menos un café pa' calmarnos el frío que está haciendo porque, aunque no llueve, de que está haciendo frío, está haciendo– dijo Rufino.

Nos echamos el cafecito compadre, ¡sí que nos lo echamos!, al cabo hay tiempo, a los trabajadores les pagan hasta las doce y media o una de la tarde; pa' esa hora, usted' ya va a estar instalado y la venta va a estar como no se imagina. ¡Cómo no se imagina compadre...!

–¡Ojalá todo salga bien!–. Dijo Amelia sin poder ocultar su preocupación mientras tomaba el café. Después, los compadres comenzaron a cargar la camioneta con los costales y cajas que contenían los cueros y las correas que en unas horas serían ofrecidas a los trabajadores del puente.

Continuará